

Catalina de Jesús y san Francisco: la santidad combatida¹

Ana Morte Acín
(Universidad de Zaragoza)

Una de las fuentes de información más relevantes con las que contamos a la hora de estudiar la santidad femenina en la Edad Moderna son las biografías y autobiografías de religiosas.² En este tipo de documentación hallamos una gran cantidad de datos que han sido y son utilizados para iluminar aspectos muy diversos de las trayectorias de estas mujeres. El tema en el que me voy a centrar en este trabajo es el de la construcción y la representación de la santidad a partir del caso de Catalina de Jesús y san Francisco. Este estudio es relevante porque ofrece muchas claves para entender el proceso de construcción de la imagen de santa del que fueron objeto las religiosas protagonistas de esas biografías y autobiografías que tanto proliferaron en la monarquía hispánica durante la modernidad.

Como bien sabemos, la mayoría de mujeres con fama de santidad no llegaron a ser calificadas como tales por la Iglesia, ni siquiera en alguno de los grados inferiores como venerable o beata y, sin embargo, la publicación de obras y el fenómeno se mantuvieron constantes a lo largo del tiempo.³ También sabemos que la supuesta fama de estas mujeres no solía trascender más allá de sus lugares de residencia y que en muchos casos se perdía poco después de su muerte. En mi opinión, que el número de mujeres con supuesta fama de santidad que eran protagonistas de obras de carácter hagiográfico se mantuviera en el tiempo se debió fundamentalmente a dos razones: primero, porque durante su vida eran una herramienta útil para la Iglesia y el Estado, ya que con sus palabras e indicaciones contribuyeron a la transmisión de los preceptos de la Contrarreforma. Las recomendaciones o sugerencias realizadas por estas religiosas siguieron siempre una línea vinculada a la enseñanza y establecimiento de las nuevas prácticas religiosas ligadas a los designios surgidos del concilio de Trento. Fueron, por tanto, un elemento fundamental dentro de la estrategia de las órdenes religiosas para llevar a todos los rincones de la sociedad las nuevas premisas religiosas.⁴ En segundo lugar, porque tras su muerte resultaba útil que la fama se mantuviera, bien para favorecer la supervivencia de sus obras, como en el caso de Catalina y su colegio de doncellas, o bien para que su vida se conectara con alguna discípula estableciendo una especie de genealogía de la santidad que validara a las que le sucederían, a los siguientes eslabones de la cadena (Morte Acín 2016).

La documentación con la que contamos sobre estas mujeres que podríamos calificar de “segunda fila”, puesto que no tuvieron el peso de mujeres como santa Teresa o sor María de Ágreda, es fundamental para entender el fenómeno de la santidad femenina, puesto que ellas constituyeron el grueso de los casos y fueron las figuras más cercanas a los fieles. El caso de Catalina pertenece a este grupo, ya que se trata de una mujer que en principio no estaba llamada a engrosar las filas de las personas con fama de santidad o a

¹ Este trabajo se ha realizado en el marco de los siguientes proyectos de investigación: PGC2018-094899-B-C51 y PID2019-104237GB-I00. La autora es miembro del Grupo de investigación Ref. H01_20 BLANCAS (Historia Moderna) del Gobierno de Aragón.

² La bibliografía sobre el tema es muy abundante, por lo que solo citaré algunas de las obras que siguen siendo de referencia: Sánchez Lora (1988 y 2005), Poutin, el monográfico de Historia Social 57 y el trabajo del grupo BIESES que puede consultarse en su página web en la que también se encuentra bibliografía actualizada.

³ Sobre las personas con fama de santidad que no subieron a los altares y la “Fábrica de santos” ver: Armogathe, Gotor, Rubial García y Serrano Martín (160-161).

⁴ Sobre el papel que las mujeres con fama de santidad jugaban en sus comunidades ver: Morte Acín (2020).

ser calificada como tal, pero gracias al trabajo que se hizo con su imagen contó con una biografía y su legado en forma de colegio para doncellas pervivió en el tiempo.

Hay tres elementos a tener en cuenta a la hora de analizar la construcción de la fama de santidad de las religiosas: en primer lugar, el propio modelo de santidad que fue evolucionando con el tiempo, muy especialmente a partir de 1634 (Egido). En esa evolución asistimos a los cambios de sensibilidad hacia algunas de las manifestaciones características, lo que provocó por ejemplo la casi desaparición de las “exterioridades”. Ese es el caso de Catalina en el que tanto sus éxtasis como sus visiones sucedieron en la intimidad, aunque sí se les dio publicidad y la gente sabía que se producían.

Aun así, el modelo de santidad se caracterizó por ser muy flexible y por ser capaz de adaptarse a vidas de mujeres muy diferentes y con trayectorias muy diversas, algunas de las cuales con muy difícil encaje *a priori*. Catalina no era una mujer cuya vida se ajustase a lo que se podía esperar de una santa, y desde luego, estaba muy alejada de trayectorias de mujeres calificadas así por la Iglesia como santa Teresa, el gran referente para todas ellas. Sin embargo, y gracias a esa flexibilidad y al papel que jugaban estas biografías en las prácticas devocionales de la época, mujeres como Catalina encontraron el apoyo suficiente de las órdenes religiosas como para desarrollar su fama de santidad.

El papel de las órdenes religiosas es el segundo de los elementos a tener en cuenta. La proliferación de obras de carácter hagiográfico que se produjo no podría entenderse sin el apoyo activo de las órdenes religiosas hacia este tipo de obras. Fueron autores, elaboraron las aprobaciones y censuras y colaboraron activamente en la difusión de las vidas de las protagonistas. Quizá la clave para comprender el porqué de este apoyo resida en el objetivo que se perseguía con la publicación de estas obras. Sabemos que, pese a que muchas de ellas surgieran como un primer paso en el camino hacia la beatificación, en realidad las órdenes eran muy conscientes de que subir a los altares era prácticamente imposible para casi todas ellas y, de hecho, los trámites para incoar los procesos pocas veces se ponían en marcha, por lo que el camino empezaba y acababa con la publicación de una biografía. Lo que sí resultaba útil para las órdenes era la publicidad que se obtenía con esas publicaciones. Eso es lo que parece que está detrás del apoyo a estas mujeres y la confección de tantas vidas, el asociar a personas de la orden (mujeres y hombres) con la santidad. La consecución de esta fama conllevaba el aumento de visitas a las iglesias y conventos y, por ende, el aumento de las donaciones y las vocaciones entre los fieles.⁵

Precisamente son los fieles el tercer factor a considerar al estudiar el fenómeno de la santidad. El efecto que producía en la población la aparición entre sus vecinos de una mujer con este tipo de fama se traducían en un aumento del interés por la congregación. Para que este interés y esta confianza en la “santa” se mantuviera en el tiempo era fundamental la manera en que la religiosa se mostrara a sí misma, es decir cómo llevara a cabo la “representación” de la santidad (Sanmartín Bastida). Aunque como he señalado el modelo era flexible había ciertas prácticas que desentonaban o podían poner en alerta a los fieles ante la posibilidad de encontrarse ante un caso de falsa santidad. En las biografías de las religiosas, muy especialmente en las que no llegaron a los altares, encontramos episodios que, aunque veladamente, nos hablan de estos desajustes y los inconvenientes que se producían cuando la población ponía en tela de juicio las virtudes de la religiosa. Es decir, la fama de santa se sustentaba mientras la mujer fuera considerada como tal por la población y esa consideración podía desaparecer y la mujer caer en desgracia si el apoyo se desvanecía.

Teniendo todo esto en cuenta, comenzaré esbozando brevemente los principales datos que se extraen de la biografía de Catalina para luego analizar la construcción de su relato

⁵ Sobre la construcción de la imagen de las órdenes religiosas, ver Atienza (2012).

hagiográfico. La principal fuente de información con la que contamos para reconstruir su vida proviene de la biografía que escribió Juan Bernique, su hijo, en cuyo título se la define como venerable madre y sierva de Dios.⁶ Catalina fue beata de la orden tercera de san Francisco y a pesar de ser calificada como venerable en el título de su biografía, no alcanzó oficialmente esa dignidad.

Catalina nació a principios de abril de 1639 en Santorcaz, Toledo. Sus padres fueron Bartolomé García y Catalina Fernández, labradores. Poco tiempo después de su nacimiento se produjo la muerte de su madre, posiblemente como consecuencia del parto, y este hecho marcaría la vida de Catalina para siempre puesto que siendo aún una bebé la enviaron a Alcalá de Henares para que la criara su tía, con la que vivió a partir de entonces. La explicación que se da en la obra es que el padre era mayor y tenía muchos hijos, por lo que no podía hacerse cargo de la niña y por eso consideró que la mejor opción era enviarla a Alcalá, una práctica por otro lado muy extendida en la época.

La tía de Catalina era María Fernández, puede que hermana de su madre o al menos pariente si consideramos que ambas tenían el mismo apellido. María estaba casada con Antonio Vázquez y se dedicaban al negocio de la impresión. De hecho, María Fernández siguió al frente de la imprenta tras quedar viuda en 1643 (Gutiérrez y Lafuente y Carrillo). Cuando este hecho se produjo, Catalina llevaba ya unos tres o cuatro años en su casa. La casa de María estaba al lado del convento de Santa María de Jesús, conocido como de San Diego, y los religiosos de este cenobio tuvieron mucha influencia en la vida de Catalina, ya que de ahí salieron los dos confesores que marcaron su trayectoria posterior.⁷

Poco se sabe de su infancia más allá de las típicas afirmaciones de las obras hagiográficas haciendo alusión a su vocación temprana y a su inclinación por el rezo y demás prácticas devocionales, que no eran propias de su edad. De hecho, parece que a los doce años expresó su deseo de entrar como monja en el convento de santa Clara (Alba, 41). A pesar de esa inclinación religiosa era también una joven alegre a la que le gustaba divertirse. En la biografía hay una descripción de ella correspondiente a su juventud:

Fue de gallarda disposición y hermoso parecer. En la estatura más que mediana, garvosa y bien proporcionada, el pelo muy negro, espeso y largo. La frente espaciosa y serena sin aquel ceño que hace enfadosas a muchas; cejas bien pobladas; ojos grandes y negros y aunque alegres acompañados de una honestidad grave en mirar; la nariz proporcionada sin algún extremo de viciosa; la boca no muy estrecha pero en nada desgarrada; la tez del rostro de buena mixtura perfecta; el talle estrecho y sin aquel desaire que suele notarse en las que son altas; finalmente en este punto tuvo poco que envidiar y mucho que agradecer. [...] Como era alegrísima de natural y estaba en los bríos de la mocedad no perdía quantos divertimentos podía solicitar su alegría pero con la condición de que fuesen lícitos y honestos (Bernique, 13-17).

Tras la muerte del tío y al llegar a la pubertad se hizo preciso tomar una decisión sobre el futuro de Catalina y la tía decidió que la mejor opción para ella sería el matrimonio, aunque según se desprende de la biografía ella aborrecía ese estado. El rechazo al matrimonio aparece habitualmente en las vidas de religiosas como un factor más que subraya sus virtudes, por un lado la inclinación natural a la vida religiosa y la entrega a Dios y por otra el deseo de mantenerse castas durante toda la vida. Por tanto, no podemos saber si esos eran los sentimientos de Catalina o si lo que le producía rechazo era el candidato propuesto por su tía, y es que el elegido era Juan Bernique, natural de Villarreal,

⁶ También conocemos la vida de Catalina gracias a la obra de Alba en la que se aportan algunos datos que no aparecen en la obra de Bernique.

⁷ Hubo dos confesores que tuvieron influencia sobre Catalina, ambos franciscanos y ambos del convento de San Diego. El primero fue el fr. Cristóbal Delgadillo bajo cuya dirección estuvo hasta la muerte de él, en 1671. Posteriormente se encargó de su dirección espiritual fr. Juan Sendín, que fue el que le pidió que escribiera su vida (Alba, 57-59).

que estaba en Alcalá perfeccionando sus estudios de Medicina. Pasaba de los cuarenta años cuando Catalina apenas había cumplido los quince. La gran diferencia de edad entre ellos tampoco era algo infrecuente en la época, pero no parece que fuera un factor que favoreciera la inclinación de Catalina hacia el matrimonio. En la biografía aparecen reflejados estos sentimientos en el pasaje que describe el día de la boda:

“El día que me casé en la missa comencé a llorar tan terriblemente que no me podía contener y certifico no puedo dezir por qué, pero era muy grande mi sentimiento. Deste extremo vino a mi marido una muy grande sospecha pareciéndole avría causa para ello”. [...]

Quedó siempre su esposo con el recelo y sospecha de que pues su tristeza avía sido tan notoria y confirmada con lágrimas, el cariño que le devía tener era ninguno y assí que más parecía haverse casado por fuerça que no por voluntad (Bernique, 21-22).

Una vez casada, acompañó a su marido a los diferentes lugares donde ejerció la medicina: Trillo, Loranca y Torrejón de Ardoz. En los primeros años de matrimonio no tuvo hijos y finalmente tras muchas oraciones y rezos se convirtió en madre de tres niños. Dentro de la retórica típica de estas obras cuando se relata la transformación de la protagonista y se traza su camino hacia la santidad, muchas veces se parte de una realidad reprochable en la época: en este caso la de ser una mala esposa y una mala madre. Así se describe lo injusta que era con su marido al que sometía a su aspereza a pesar de que él se portaba muy bien con ella y se subraya su poca inclinación hacia la maternidad, que consideraba un yugo insoportable:

No se vio poco humillada con la criança de los hijos, que sentía sobremanera verse atada con esta corma y su libertad pressa para no poder soltar las riendas a sus pasatiempos. Veíase obligada a no salir de casa por acudir a la asistencia de sus hijos y esto era para ella un terrible martirio (Bernique, 24).

Tras ocho años de matrimonio, teniendo ella 23, se quedó viuda y volvió a Alcalá a la casa de su tía con sus tres hijos, aún pequeños.⁸ Comienza aquí la segunda parte de su vida en la que abrazó la vida religiosa. En la obra se subraya el hecho de que tuvo que enfrentarse a la oposición de su tía y demás parientes y a las críticas por el supuesto abandono del cuidado de sus hijos. Catalina tomó el hábito de la orden tercera de san Francisco en 1666 y el año de la muerte de su tía, 1671, fundó en su casa un colegio para doncellas pobres donde entró a vivir con sus dos hijas. Luchando por mantener a flote su obra vivió hasta 1677 cuando falleció a los 38 años de edad. La biografía de Catalina y, sobre todo, la fundación de su convento resultan muy interesantes para el conocimiento de la vida religiosa de beatas y terceras, pero no es ese el objetivo de este trabajo. Lo que me interesa analizar es la representación de Catalina como santa y los obstáculos que tuvo que vencer para mantener su reputación.

Una de las primeras preguntas a la que dar respuesta es la motivación para escribir una vida de Catalina. Quizá la hipótesis más plausible es que se trataba de un intento de afianzar su fama de santidad para favorecer la supervivencia del colegio de doncellas. Cuando se llevaba a cabo una fundación de este tipo, es decir, en el que la fundadora era la persona de referencia y el motivo por el que la gente confiaba en la institución, su desaparición podía hacer tambalear la continuidad del proyecto, por lo que era crucial mantener viva la memoria de la fundadora mientras se establecía y afianzaba el relevo.⁹

⁸ Catalina tuvo tres hijos: María Teresa y Buenaventura que entraron con ella en el colegio de doncellas y Juan que fue fraile franciscano (Alba, 49).

⁹ Un ejemplo de la continuidad de una fundación, en este caso, de un beaterio, es el de Damiana de las Llagas en Marchena, cuyo camino de santidad estuvo vinculado a los duques de Arcos y la Compañía de Jesús. Ver la obra de Lozano.

En este sentido hay que señalar también que la obra está dedicada a María Guadalupe de Lencastre, duquesa de Arcos, una de las benefactoras del convento, con la que Catalina había mantenido una buena relación desde la llegada de la duquesa a Madrid en torno a 1660.¹⁰ La dedicatoria podía cumplir la misión de mantener el vínculo de la duquesa con el colegio tras la muerte de Catalina y contar así con una fuente de ayuda que permitiese su supervivencia.

La obra la escribió su hijo, que fue franciscano precisamente en el convento de San Diego. En la obra se incluyen numerosos pasajes escritos por la propia Catalina, que redactó unos escritos autobiográficos a petición de uno de sus confesores y esos textos son los que usó su hijo en la biografía (Poutrin, 300).

La biografía de Catalina tenía una serie de puntos débiles que resultaban problemáticos a la hora de definirla como una santa. La estrategia seguida fue no ocultarlos sino mostrarlos abiertamente y convertirlos en los pilares sobre los que sustentar su fama, aspectos en los que Catalina pudo mostrar su capacidad de superación, su transformación y su esfuerzo por mejorar y ser más virtuosa. Así pues, hay tres líneas sobre las que se construye la imagen de santidad de Catalina: la primera, las visiones relacionadas con la Inquisición y el peligro de ser considerada una “falsa santa”; la segunda, el carácter “soberbio” de Catalina, y, la tercera, las críticas por su vida religiosa y la fundación del colegio. A continuación, voy a ir analizando cada uno de estos elementos y cómo se van integrando en la biografía para construir la imagen de santa de Catalina. He optado por incluir numerosos pasajes de la obra porque me parece que tanto el lenguaje como las expresiones empleadas por el autor y la protagonista son la mejor prueba de lo que pretendo ilustrar.

La visión de la Inquisición y la falsa santidad

A medida que avanzó el siglo XVII y conforme las manifestaciones de la religiosidad se fueron modulando el peligro de ser acusadas de falsa santidad fue en aumento (Sarrión). La proliferación de mujeres con fama de santidad que eran percibidas como tales, sin aparentemente mayor problema, acarreó también el aumento de la percepción de que no todas esas mujeres podían ser santas realmente y que, por tanto, algunas de ellas estaban fingiendo. Catalina era una candidata susceptible de levantar esas sospechas puesto que su trayectoria y su carácter no eran los típicos de las mujeres santas, seguramente ella era consciente de la fragilidad de su posición y eso le preocupaba. De hecho, son varios los pasajes en los que se alude a esta cuestión. Por ejemplo, cuando tras quedar viuda Catalina decidió emprender el camino de la vida religiosa y empezó a darle forma a la idea de tomar el hábito de tercera de la orden de san Francisco, las críticas que recibió según la biografía fueron feroces. Algunos reprobaban que alguien con un carácter vanidoso pudiera optar a entrar en la familia franciscana, otros la insultaban “tratándola de embustera, hipócrita y olgazana” (Bernique, 183).

Una vez que había comenzado su proyecto y había acogido a varias doncellas a su cargo, las críticas arreciaron:

Pues luego que se determinó a tener doncellas en su compañía para educarlas con santas doctrinas y buenos exemplos, qué oprobios no oyó? Qué palabras que ofendían y escandalizaban los oídos, aun de los que no los tenían muy delicados. Con qué furia asestaba tiros la malicia para derribar sus execuciones? Qué de corrillos se formaron para desacreditarla? Común materia era de los mentideros la nueva fundación que intentaba (Bernique, 184-185).

¹⁰ Sobre la vida de esta noble se puede ver De Moura Sobral y Maillard Álvarez.

Las críticas debieron surtir cierto efecto, ya que al parecer, por la presión, la orden franciscana se llegó a plantear la posibilidad de despojarla del hábito de tercera a ella y a sus discípulas. La acusación de falsa santidad iba indisolublemente unida a la Inquisición. En la biografía esa amenaza se integra en el relato, de manera que es la propia Catalina, la que a través de sus visiones y de sus actos, enfrenta ese peligro, se somete a un virtual juicio de la Inquisición y sale victoriosa. En un extenso pasaje, se describe una visión de Catalina en la que Dios le pide que se enfrente al Tribunal:

Fuele manifestado en una ocasión a mi venerable madre sería gusto del Señor el que se esforçasse a passar por el Tribunal Santo de la Inquisición que tanto temía. Dióselo su Magestad a entender de esta forma. Manifestósele estando en la oración una cruz de grandeza desmesurada y al parecer de intolerable pesso con la inteligencia de que era de Inquisición y que el Señor se la embiaba. Mas haciendo juicio se hallaba sin bríos y alientos para ajobar con tanto pesso, empeçó humildemente a resistir a su alta disposición. Señor, le dezía, no es posible conformarme, si estubiera sola sin la dependencia de hijos, parientes y doncellas que tengo a mi cargo y sin el exterior ornamento del hábito de mi padre san Francisco, me arrojara con sumo gusto a sacrificarme en ella; pero veis la obligación en que me hallo, y que este golpe sería muy terrible para ellos y de gran desdoro para este coro de Vírgenes que os he consagrado y a mí solo el oirlo me atemoriza y asusta, [...] bien conocéis peligrá el crédito de las que tengo en mi casa; porque es un golpe, que con dificultad se suelda, y aunque espero con vuestra asistencia salir libre, no sé qué cicatriz queda, que no se persuade con facilidad el vulgo a que no hubo herida (Bernique, 168-169).

En este fragmento queda patente la preocupación de Catalina por las consecuencias que podría tener tanto para su familia como para su colegio el que ella fuera juzgada por la Inquisición, aunque finalmente resultara inocente. Aun así, en otra visión se produce ese encuentro con el Tribunal:

Estando pues en otra ocasión en la quietud de su retiro, se halló de repente en una melancólica estancia cercada de severos juezes, que componían un respetoso y formidable Tribunal, una mesa con aparato fúnebre y triste cubierta de vayeta que servía de altar a un devoto crucifixo, y ella en medio de este venerable senado, con tanto susto, que congojaba su coraçón el no saber cómo, ni quién a tal lugar la hubiese conducido (Bernique, 170).

Dado que explica el temor a que el colegio se viera salpicado del escándalo, podemos afirmar que las visiones se produjeron a partir de 1671, año en el que se fundó el colegio y momento en el que más combatida se vio su trayectoria. En los siguientes pasajes se describe la situación de soledad en la que se hallaba cuando se produjeron esas visiones, que era similar a la que hubiera padecido en caso de que el proceso inquisitorial se hubiera llevado a cabo.

Experimentó un horrible desamparo de su Magestad, que era lo que más la afligía, dexándola el Señor en un caos de confusión y un abismo de desconsuelo. Dispuso su Magestad, que en este tiempo se retirasse su confesor, sin hablarla ni escribirla destituida de todo consuelo, reynando en ella una aversión a él, con la quexa que tenía de aver sido la causa de este trabajo, por averse entregado en sus manos para la dirección y gobierno de su alma. Conjuráronse contra ella terribles murmuraciones que la herían en lo vivo de la honra y delicado del crédito. No se atrevía poner delante de las hermanas, no la diesen en cara con su hipocresía, pareciendola que todas sabían de su trabajo. No se dexaba ver de los parientes, no la dixessen oprobios por aver desacreditado su parentela con sus embustes viniendo a parar al Santo Tribunal por sus hypócritas invenciones (Bernique, 172).

El empeño en la fundación, como analizaré en el apartado correspondiente, fue una de las armas esgrimidas contra Catalina, que fue objeto de fuertes críticas tanto por parte de su familia como por parte de la orden y la población. Como bien sabía, el dejar de contar con el apoyo de ambas partes podía ser suficiente para caer en desgracia y ese temor es el que se ve reflejado en sus visiones. Como he señalado la acusación de la “falsa

santidad” era una amenaza real y no solo figurada tal y como se recoge en el siguiente fragmento:

Hubo en tiempos que mi venerable madre vivía, muchas insolentes mugeres que con diabólica astucia, profanando el nombre de beata, y acogiendo al sagrado de la virtud, se ajustaron el hábito de santidad, para paliar sus insolencias, ocultar sus vicios, introduciéndolos como contrabando en el mundo, y hazer prevaricar a muchos. Pero el Santo Tribunal a quien assiste el Cielo, para que descubra las tramas, que en los más escondidos retretes se urden, dio con ellas en sus cárceles de adonde salieron castigadas como merecían, para escarmiento de muchas. Estos sucessos llegaron a noticia de mi venerable madre, que acaso se los contaba quien esperaba de ella lo mesmo, hacía tan gran ruido en su interior esta lamentable relación que considerando su fragilidad que sus culpas merecían y que dexada de la mano de Dios en estos y mayores delitos delinquir podía, se asustaba terriblemente con esta consideración. Veíase adornada con el hábito de Nuestro Padre San Francisco con la obligación de doctrinar las doncellas que tenía a su cargo y considerando la posibilidad de verse en semejante aprieto, se le estremecían sus coyunturas de temor. Aumentaba su tormento el que algunas personas, que la comunicaban con afectuosa llaneza la solían dezir por grazejo: hermana, cuándo la llevan a la Inquisición? Y lance hubo en que seriemante la dixeron que ella y todas las que en su compañía tenía, avían de parar en la Inquisición, de lo qual recibía tanta pena y turbación que la afligía solo el pensar que tal cosa sucederla pudiera (Bernique, 167).

Que conozcamos, Catalina no tuvo que enfrentarse a la Inquisición pero esta era un peligro real que asumió como tal y que incorporó a su biografía con objeto de desactivar el efecto negativo que pudiera tener en su imagen. La integración de este temor muestra a Catalina como una mujer consciente de los peligros que la acechaban, vulnerable ante las dudas que suscitaban su trayectoria y su proyecto, y preocupada ella misma por lo acertado de su camino espiritual.¹¹

El carácter soberbio de Catalina

Desde el principio de la obra la describen como alguien con una alta imagen de sí misma, en algunos casos calificada incluso como soberbia. Este es un fragmento en el que se describe el carácter de Catalina:

Ninguna virtud más necesitaba mi venerable madre para sólido cimiento de perfección a que aspiraba, que de la humildad. Era opuesto a su natural todo género de abatimiento, pareciéndola indigno de un corazón generoso toda especie de sumisiones rendidas. Predominaba en su corazón un punto de estimación propia y honor [...] De aquí se originó el desaçon grande con que vivió en el estado del matrimonio, porque cualquier yugo de sujeción era para ella intolerable (Bernique, 192).

Puesto que uno de los pilares en que sustentaba el modelo hagiográfico y que se mantuvo durante toda la modernidad era la humildad, una mujer que careciera de esta cualidad difícilmente podía ser considerada como santa. Catalina abordó este obstáculo haciéndole frente en lugar de escondiéndolo, posiblemente, porque su carácter era conocido por la población y este particular la hacía reconocible entre los fieles, así que el abordaje de esta cuestión se hace desde el punto de vista del trabajo personal que realizó para mitigar esa soberbia, para mejorar y llegar a ser una persona humilde.

Manifestó a su confessor con toda exacción todos los accidentes de vanidad y soberbia que padecía, para que a la destreza de su dictámen en recetar y execución pronta de mi venerable madre en obedecer, se desviessse la cura de tan pernicioso y doméstico achaque. Y como el punto de estimación propia era el que más le molestaba, puso toda la proa en aniquilarle. Mandábala saliesse muchos días a barrer la calle, para que fuesse de todos adevertida, exercicio en que gastaba mucho empacho y vergüença, con mucho valor para vencerse a sí mesma. De noche iba sin reparo alguno a la fuente, que está en medio

¹¹ Las dudas acerca de la trayectoria espiritual eran habituales en el modelo hagiográfico ya que habían estado presentes en la vida de la santa por antonomasia, que sirvió de ejemplo a sus sucesoras. Sobre la construcción de la santidad de santa Teresa, se puede ver, entre otros: Alabrús y García Cárcel.

de la plaza con su cántaro al hombro, y de día se lo mandaron algunas veces, que executaba con valiente resolución atropellando contradicciones de su tía que salía gritando tras ella, y demás parientes que juzgan desdoro del linaje, qualquier abatimiento que dé ocasión al desprecio. Estas exterioridades infamaban muchos con la nota de locura, que así desacredita el mundo a los que sus aplausos desprecian [...] (Bernique, 192-193).

En este punto la figura del confesor era clave para poder ayudarla a transitar el camino hacia la humildad:

No dejaba su confesor de idear varias invenciones para dar con ella en lo más profundo del abatimiento. Mandábala algunas veces que en lugares públicos y a personas autorizadas y conocidas llegase a pedir limosna, dejando edificados a los que lo veían con estos actos de rendimiento. [...] “Tenía, dize, un encogimiento muy grande, quebrantando en esto mi juicio, porque esto de llegar así a pedir limosna era terrible cosa para mí”. En la calle quando la dicha la hacía encontradizo algún pobre, alegre hallazgo postrada en tierra le besaba los pies y aun se reconocía indigna de ser admitida a las plantas de Cristo que oculto entre los despreciables adornos de los pobres, como en cortina, veneraba su fe. Tenía tal encogimiento para estas acciones públicas, que solo el poder de la obediencia y favor de la gracia le comunicaban esfuerzo para vencerse. Acudía a las porterías de los conventos quando se repartía la limosna a los pobres, introduciéndose entre ellos, esperando el repartimiento y gastando el tiempo intermedio en doctrinarlos, limpiarlos y componerlos. Quando salían a distribuir la limosna, como era conocida, la daban la primera y de lo mejor, mas aquí era el alboroto de la chusma, diziéndola muchas afrentas, porque con capa de virtud les venía a quitar la comida, que más valiera se fuera a comer a su casa y no defraudar lo que era por tantos títulos de los verdaderos pobres y no fingidos y otros muchos oprobios que se pueden presumir de la alborotada república de hambrientos y de la ojeriza con que los pobres forçados miran a los voluntariosos y de espíritu. [...] No ubo portería en Alcalá que no visitasse y aún frecuentasse recibía la limosna en su ortera y sentada entre los demás mendigos se la comía, guardando algunos mendrugos como reliquias, que acreditaban su humildad para el reparo de la noche (Bernique, 191-193).

Además de la humillación pública también debía enfrentarse a su tía que se mostraba hiriente en el trato con ella. El deterioro de la relación entre ellas y la fuerte oposición de la tía al estilo de vida de Catalina y a las decisiones que fue tomando al quedar viuda son una constante con las que Catalina tuvo que lidiar y que le provocaban un fuerte desasosiego:

En estos y otros actos exteriores de humildad padeció mucho por parte de su tía, que aunque era una señora de más que honestas costumbres, no sufría en su sobrina estas exterioridades. No solo la notaba estos actos, sino que como anciana, pues passaba de los ochenta, se dedicó a gruñirlo todo con rara impertinencia. Tubo en esta señora un exercicio doméstico, que la humilló quanto es imaginable. No hacía acto ninguno de virtud que no fuesse padeciendo muchas contradicciones y palabras injuriosas de su tía. Sufríalas con paciencia procurándola agrandar con palabras y obras, mas como en llegando a esta edad flaquea la prudencia, era una continua gritería contra la sobrina con quejas a su confessor de que no la obedecía y solo seguía su voluntad. [...]

Últimamente tubo en esta señora un instrumento que la humilló y deshizo su natural como ella lo describe. “Tenía mucha repugnancia y aversión a mi tía en quien me dio su Magestad un exercicio que si lo hubiera llevado bien era bastante para ser muy santa. En esto puso mi confessor especial cuidado, hazíame pedirla licencia para irme a la oración, en que se descoyuntaban mis guessos de la fuerza que me hacía en esto. Tenía mandato de que siempre que me llamasse, aunque conociesse era impertinencia la obedeciesse y dexasse el exercicio en que estaba ocupada. Mandábame la besasse la mano todas las noches delante de la gente de la casa, que era mucha y se reían como avían visto mi poco rendimiento entre día y a la noche aquella acción y para cualquier cosa destas moría y quanto más lo sentía, más me mandaba. Fue este un gran tormento para mí, por aver puesto su Magestad en esta criatura todo lo que era impedimento para mi obrar, en que padecí mucho y no la podía obedecer por parecerle era todo embelecio y matarme y poca prudencia y querer olgar y otras cosas deste género. Y el día que avía estado más furiosa azia esta parte y yo la avía llevado peor, me hacía mi confessor hazer más desto que digo, a que me respondía: más le valiera aver obrado mejor y cuidar de sus hijos que no venir con esos embelecios y zalamerías y otras muchas respuestas destas que me deshazían y atormentaban terriblemente” (Bernique, 195-197).

Destacar en la virtud de la humildad era uno de los objetivos de Catalina y su confesor, pero a pesar de todos los esfuerzos, el carácter de Catalina era difícil de doblegar. Un ejemplo de su temperamento fue cuando a causa de las críticas que levantó la fundación del colegio, se puso en cuestión si se le debía despojar del hábito de tercera. Alguien debió de comentarle esta posibilidad a lo que ella contestó:

Que si la quitaban el hábito no la faltaría una manta de mulas con que cubrirse y que si entrar en la iglesia no la dejaban, Dios era inmenso y en todas partes le hallaría y que como a Dios no perdiese, todo lo demás importaba poco, ni hábito, ni Iglesia, ni confesor ni otra cosa criada (Bernique, 186).

Los problemas de Catalina para mostrarse humilde trascendían más allá de su casa y de Alcalá. En un pasaje que recoge una visita a la Corte para conseguir apoyo para la fundación del colegio se describe su falta de paciencia y por consiguiente de la humildad esperables en una persona con fama de santa. De nuevo, veladamente, aparece la amenaza de ser acusada de “falsa santidad”. Es precisamente la respuesta de Catalina lo interesante puesto que lejos de negar la evidencia, acepta el reproche como muestra de que ella no debe ser tenida por santa, que no es ella la que se califica así misma como santa, y que efectivamente está muy lejos de serlo. Es decir, lo convierte en una muestra de humildad.

Aborrece la humildad toda la especie de aplauso, pues para el humilde no ay tormento, como verse de la devoción aplaudido. Por eso quantos créditos de virtuosa la grangeaban sus obras, los procuraba desvanecer, para no desvanecerse. Estando una vez en la Corte a diligencias de su fundación, una señora se valió de su confessor para tratarla y comunicarla que suelen ser devotos juguetes de los estrados las preciadas de virtuosas. Mandola su confessor fuesse a visitar a esa señora. Obedeció con grandíssima repugnancia, pareciéndola era antojo de la novedad más que aprecio de la virtud. Entró en la casa, embió un recado, pero le respondió una dueña que esperase. A poco rato, pareciéndola perdía tiempo, bolvió a repetir su recado porque la molestia de una antesala mejor la sufre la ambición de un pretendiente, que la virtud de un desengañado. Diose por desentendida la dueña, porque acaso estaba la señora ocupada, y es menester, que aún la santidad espere coyuntura, para ser de la grandeza recibida. Pero no pudiendo sufrir el poste, dixo a la tal dueña, que se iba, porque necessitaba del tiempo para cosas de más importancia. A lo qual esta muy grave y zeñuda la dixo: es vuestra merced la que dizen que es santa? Cierito que se le conoce muy poco en la poca paciencia que gasta? Ay conocerá vuestra merced respondió que está engañada, pues si yo fuera santa, tubiera paciencia para esperar, y se vino sin ver a la señora que avía ido a visitar (Bernique, 201).

A continuación, Juan Bernique introduce una reflexión acerca de las personas religiosas que en su opinión tenían más interés por ser conocidas y establecer relaciones con personas influyentes que por su trayectoria espiritual entre las que, por supuesto, no incluía a su madre:

Este caso le contaba mi venerable madre con gran consuelo de su espíritu, por aver desengañado aquella muger del concepto en que estaba, pero en mi juicio mejor con él se publicaba su virtud. O, qué remordimientos y sumisiones gastan los que hazen lazarillo de la virtud, para introducirse en las casas de los príncipes? Por qué desprecios no pasan los que ser admitidos a los estrados pretenden? Que molestias no sufren y que tiempo no pierden los que anhelan a verse aplaudidos de virtuosos por la grandeza, pero la verdadera y castiza virtud de todo esto huye y se rezela. De una especie de tortuga en el mar Índico, escribe Plinio, que llevadas de la apacible libertad y del deseo de respirar ayres puros, nadan largo tiempo descubierta la espalda sobre las olas hasta que oreada del viento la concha de que se cubren y embestida de los rayos del sol pierde la humedad y queda tan seca que no pudiendo después hundirse vienen a ser fácil robo a los pesacadores. O, a cuántos ha sucedido este desengaño! Salen de su retiro deseosos de tomar algún deshaogo a la playa del mundo, descubren su virtud a los hombres, pero con el ayre del aplauso y ardientes rayos de la estimación queda tan seca que quando retirarse al sagrado de la oración y recogimiento, pretenden, se hallan impossibilitados porque el fervor de espíritu se resfrió, faltó la humedad de la devoción y quedan miserablemente engañados y el enemigo goçoso de que con este ardid los sacó de la soledad y retiro (Bernique, 202).

Esta idea sigue ahondando en el peligro que suponían para los fieles y para ellas mismas las personas que pretendían ser consideradas santas sin serlo. Es decir, no solo alertaba sobre la existencia de religiosos y religiosas que buscaban solo su beneficio personal acercándose a personas poderosas, sino que describía su forma de actuar, subrayando de esta manera las diferencias con su madre, porque Catalina también recurrió a personas de la Corte para poder llevar a cabo su proyecto. Sin embargo, en su caso, las visitas a Madrid no eran algo que disfrutase ni en lo que le gustase emplear su tiempo:

Como era de natural encogido y vergonçoso, sentía gran mortificación en ir a la corte y tratar con señores, mas como la fundación que hizo fue en suma pobreza y los señores son los condutos por donde embía el Cielo el socorro a los suyos, sacrificándose por esta causa de Dios, acudía a la mesa de la Providencia, solicitando limosnas de los Príncipes, que no a todos los vergonçosos ha de llevar el diablo a palacio. Gastaba en estas diligencias solo el tiempo preciso, procurando quanto antes retirarse al sagrado de su casa. Delicadísima es la virtud, [...] flor que se dexa manosear, no puede menos de salir marchita, aunque más devota y atenta sea la mano que la venera. No fue mi venerable madre de estas santas de la nueva fábrica todo aparente y fingido que no ay quien las eche de los estrados, no pierden visita, consumen todo el día en cursar antesalas con descrédito y daño de la verdadera virtud. Halló en los señores de la primera grandeza de España aquel abrigo que en los reales de la nobleza encuentra siempre la virtud, pero viéndose agasajada huía de este aprecio temiendo con justa razón no la entrasse la carcoma del aplauso y diesse con ella en el precipicio de la vanidad, dexándola vana de virtudes y llena de vicios.

De este retiro que solicitaba crecía más la estimación entre los personajes de la mayor grandeza (Bernique, 202-203).

Tras este pasaje se incluye otro en el que se explica uno de los ejercicios más difíciles por los que le hizo pasar su confesor con un doble objetivo: seguir trabajando en dominar su soberbia y prevenirla sobre los peligros de la vida religiosa ante lo que percibían como la proliferación de falsas santas que no solo se perjudicaban a sí mismas sino que aumentaban las sospechas sobre todas las demás:

Estando pues su confessor en Madrid, castigó el Santo Tribunal una célebre embustera que con nombre y hábito de beata avía pretendido cautelar sus vicios. Salió por las calles de la Corte con una corozca a la vergüença y a ser el blanco de los ultrajes, gritería y persecución intolerable de los muchachos. Escandalizándose la Corte viendo tanta maldad disimulada con el adorno y librea de la santidad. No nombro la que era para que se borre totalmente su memoria. Viendo pues su confessor que este era lance bien acomodado para hazer del espíritu y fervor de mi venerable madre recia experiencia, la embió a llamar a la corte. Obedeció con toda prontitud y puesta en su presencia le dixo: que ordenaba o que la quería con tan repentino aviso? A que respondió que la traía para que se paseasse y descansasse de las fatigas de su casa, y assí que todos los días la mandaba que no hiziesse más que pasear las calles más principales de Madrid, para que se recreasse con su hermosura. Luego que le fue intimado este precepto reconoció lo amargo que llevaba en sus entrañas, pero se sacrificó sin resistencia alguna para ponerle en ejecución. Fuesse a la casa donde possaba y pidió un criado que la fuesse enseñando las calles de Madrid porque las ignoraba. Quiso la señora impedirle esta determinación, diziéndola: madre mira lo que haze que la han de apedrear, pero ni de esta, ni otras razones, que asustaran a la más virtuosa fueron impedimentos para que ciega en la obediencia no executasse lo ordenado (Bernique, 178-179).

A pesar de los consejos de la señora con la que se hospedaba y del peligro que suponía que, estando tan reciente el caso de la falsa santa, ella saliese a la calle con hábito de beata, siguió las órdenes de su confesor y se enfrentó a los insultos y afrentas de la gente. La falta de humildad se contrarrestaba con la obediencia a su confesor. La obediencia era otra de las virtudes por antonomasia de las religiosas y en este caso, Catalina cumplía con el canon.

Salió pues por las calles más públicas de Madrid con su cara y hábito descubierto, pero apenas fue advertida de los muchachos y demás vulgo, quando excitándoseles la especie de la castigada embustera y aun con enojo de la poca enmienda se armó contra ella una gritería feroz llamándola con el nombre propio de la embelesadora. No es ponderable los oprobios y afrentas que padeció. Corrían a ella los

muchachos y assiéndola de la cuerda la tiraban de ella, otros la quitaban por detrás el manto con multitud de voces y la dexaban a la vergüença sin que ningún medio fuese bastante a librarla de esta insufrible persecución. Alborotaronse mucho oyendo el nombre de la ajusticiada y el hábito de beata y se vio ajada y despreciada de todos. Passeó la plaza mayor, teatro de desprecios en que hazen el principal papel, las que ayudadas de su desgarró y desemboltura tienen a la mano los instrumentos de la afrenta. Encarniçose todo este vulgo contra mi venerable madre padeciendo más que avía tolerado antes la que la mejor lo merecía. No es decible la confusión, la vergüença y empacho en que se vio con esta persecución (Bernique, 179).

Cuando volvió a la casa la señora le pidió que le contase lo que había sucedido pero ella afirmó que no había oído nada en absoluto. Preguntó entonces al criado que la había acompañado, que tampoco le quiso responder porque así se lo había pedido Catalina, pero sí le contó que se había formado un gran “alboroto”. Al preguntarle la señora por qué su confesor le sometía a esa vejación, Catalina contestó: “qué quiere vuestra merced solo este padre me ha conocido y me aplica la medicina que necesita mi enfermedad”. Este “ejercicio” duró quince días de donde salió “satisfecha de afrentas y desprecios” y al finalizar ese periodo además, el criado tan conmovido y “edificado” por lo que había vivido junto a ella, decidió tomar los hábitos en san Juan de los Reyes en Toledo (Bernique, 180).

La lucha y posterior victoria contra la soberbia ocupa un lugar destacado en la biografía de Catalina. La exposición pública necesaria para poder subsistir o llevar a cabo sus proyectos debía equilibrarse con la humildad y el recato, algo difícil de conseguir en muchos casos. Para ser reconocidas se necesitaba una cierta dosis de amor propio, de voluntad por ser tenidas en cuenta, pero siempre en su justa medida, porque sobrepasarse y ser consideradas vanidosas podía significar su caída en desgracia. Necesidad de ser conocidas para recibir apoyo y rechazo a ser famosas como ideal de religiosa, en eso consistía el frágil equilibrio en el que debían mantenerse estas mujeres para llevar a cabo su proyecto vital. Catalina tuvo que andar sobre ese alambre durante toda su vida como religiosa, pero muy especialmente cuando acometió la fundación de su colegio.

La fundación

Viuda con tres hijos pequeños no era el tipo de mujer que habitualmente optaba por la vida religiosa. Este fue uno de los primeros obstáculos a los que debió enfrentarse Catalina y que suscitó las críticas hacia su decisión por parte de su familia y sus vecinos, que la atacaron precisamente por considerar que todo se trataba de un engaño:

En la determinación de vestir el hábito descubierto de la Tercera Orden ideó muchos medios para estorvarla. Reprubaron muchos su determinación pareciéndoles como al fariseo la Magdalena no debía con tanta facilidad a los pies de Christo ser admitida la que antes avía seguido de la vanidad el vando. Oyó muchas afrentas que la dixeron, tratándola de embustera, hypócrita y olgazana: con estas injurias se venga picado el mundo de sus despreciadores y dizo bien que el mayor trabajo está en seguir sus embelesos y el más feliz desencanto en aplicarse a la virtud. Movió el demonio después terribles torbellinos que ofendían su crédito, tirando inhumanamente a lo más delicado de su honra (Bernique, 183).

Consiguió entrar como tercera, lo que le permitía seguir ocupándose de sus hijos y un tiempo después tuvo una visión en la que Dios le mostró cuál quería que fuese su destino. Estando preocupada por qué debía hacer para ayudar al prójimo y “mortificado su espíritu con la inhabilidad de su sexo, que permite tan cortos empleos para el bien espiritual del próximo”, entendió que Dios le decía que la quería para fundadora. Según sus propias palabras habría pasado un año desde aquella primera visión durante el cual había tenido

dudas de si había sido el demonio que la había querido engañar con “alguna tentación de vanidad”, cuando leyendo la obra de sor María de Ágreda:¹²

“en un capítulo en que manifiesta el cuidado grande que tiene el demonio y las tentaciones con que persigue a los niños y como pone en esto toda su fuerza para sembrar en ellos malas inclinaciones y después coger los frutos en el resto de la vida diome una fuerza interior muy grande azia la parte de librarlas de estas tentaciones y juntamente se me proposieron las niñas que avía de empeçar a enseñar a hazer labor y por este medio hazer algun servicio a Dios y criarlas en virtud. Quedé con gran fervor azia esta parte. Comuniqueselo a mi confessor, diome licencia para hazerlo y desde entonces començó esta obra y como ha ido Dios mudando los tiempos, tengo por cierto quiso su Magestad fuese este el principio pero no el fin”. [...] Era esta obra en Alcalá bien necessaria y conveniente a la educación mugeril, que aunque sobran cátedras para los rudimentos de la mocedad y adquisición de las ciencias, faltan escuelas de virtud para la enseñanza de las doncellas (Bernique, 272-273).

Ese es el inicio del proyecto de Catalina. No podía fundar un convento y posiblemente en aquellos momentos un beaterio tampoco hubiera contado con el apoyo suficiente, pero la opción del colegio que aunaba la función espiritual y educativa que empezaba ser muy reconocida en aquellos momentos, podía resultar aceptable.¹³ El camino, como bien anticipaba, no iba a ser fácil y tuvo que enfrentarse a la oposición frontal de su tía, familiares y vecinos, que siguieron dirigiendo sus críticas a su falta de compromiso con el cuidado de sus hijos y de su anciana tía. Estas opiniones contrarias se sustentaban no solo en el proyecto de fundar un colegio, sino en el lugar escogido para hacerlo, que no era otro que la casa de su tía, lo que suponía que María se viera desplazada dentro de su propia casa. La contrariedad de la tía se recoge extensamente en la biografía:

Este empeño era más arduo de lo que parece a las fuerzas materiales y posibilidad suya, porque la casa en que vivía con su tía era muy frecuentada de gente de universidad, por causa de tener en ella el arte de la imprenta y assí la primera diligencia en que se empeñó fue desocuparla de este ejercicio, porque no podía ser buena escuela de doncellas donde era tan frecuente y quotidiano el concurso de la gente. Pero apenas se lo propuso a su tía, quando empezó una furiosa gritería contra ella. Dezíala: No tiene bastante de que cuidar con sus hijos y no buscar los agenos, no basta que la ayga yo criado y gastado con ella lo que no tengo, sino que también me quiera echar de mi casa y llenármela de hijas de otras madres, quitarme lo que me da de comer, dexarme por puertas obligada a la vejez a pedir limosna? Cuide de sus hijos y de servirme y dexesse de essas locuras. Estas y otras muchas destempladas razones oyó de su tía, era anciana y aunque la sobran años temía no la faltassen sus conveniencias. Viendo que su persuasión negociaba poco para que se desembarazasse la casa, interpuso la autoridad de su confesor el Venerable Padre Fray Cristóbal Delgadillo, de quien su tía hacía la debida estimación y aprecio. Consiguió después de la larga importunidad su intento y assegurandola congrua para la asistencia de su persona se deshizo de todo el bullicio de su hacienda y retirada a un quarto la dexó libre la casa, para que diesse principio a sus deseos. Dispusola en forma religiosa puniendo torno y locutorio con rexa de yerro y puas bien espesas para mayor recato de sus doncellas, que avia de recibir (Bernique, 273-274).

Gracias a la fama de santidad que había ido construyendo en esos años, cuando se fundó el colegio hubo muchas familias interesadas en que sus hijas entrasen en él. Según la biografía se interesó sobre todo en las niñas huérfanas por considerar que ante la falta de protección de los padres corrían más peligro de caer en el pecado. Se preocupó también de seleccionar cuidadosamente a las doncellas que entraban, llegando a rechazar a alguna que entendía que no estaba allí por las razones adecuadas a pesar de los ruegos de la

¹² Uno de los confesores de Catalina fue el P. Juan Sendín, que cuando la obra de sor María de Ágreda, *La Mística Ciudad de Dios*, estaba siendo examinada para su aprobación (sor María murió en 1665 y la obra se publicó por primera vez en 1670) escribió unas anotaciones a la misma. Esta puede ser la razón de que Catalina tuviera conocimiento de la obra de la agredana tan tempranamente (Alba, 60).

¹³ Sobre la fundación de conventos e instituciones religiosas y las controversias en torno a los beaterios en el siglo XVII, ver Atienza (2007 y 2008).

familia y los desencuentros que ello provocaba. Además, también entraron en el colegio sus dos hijas pequeñas “a exemplo del patriarca Noé que recogió a sus hijos en el arca que labró para la salvación del linage humano pues siendo la primera obligación la de los propios, no era justo cuidasse de la criança de hijos agenos y dexasse olvidados a los suyos” (Bernique, 275).¹⁴

La vida en el colegio se asemejaba a la rutina de un convento: “Doctrinábales en todo género de virtudes. Primeramente en el recogimiento pues no salían más que a oír missa muy de mañana y en su compañía. Criábales en unión y caridad para se conservasen en santa paz”. Repartían las horas del día entre la labor de manos, la oración y la lectura de libros devotos. “En este tiempo no tenían forma alguna de hábito descubierto, sino que cada una vestía como podía; pero ajustándose todas a las premáticas de la honestidad, sin permitir las vanos aderezados ni trajes profanos” (Bernique, 275).

Pronto comenzaron las dificultades y las críticas a la fundación:

Mas luego que el común enemigo empezó a rastrear estos piadosos designios de mi venerable madre temeroso de que esta obra avía de ceder en perjuicio suyo, puso la proa de su malicia en desvanecer los principios antes que se profundizassen los cimientos de esta fundación. Convocó contra ella furiosa tempestad de contradicciones que la pusieron en términos de perder la vida, que como lo virtuoso tiene en el mundo tan pocos padrinos y más si se acompaña de alguna novedad, todos contra lo bueno se conjuran. Pero estubo tan lexos de retroceder en sus intentos que todas las oposiciones eran agua que avivaban y encendían su zelo (Bernique, 276).

Una de las críticas a las que tuvo que hacer frente fue a la similitud de su casa con un convento. El hecho de haber colocado un torno y rejas como si fuera un convento pero sin haber pedido licencia para ello, se entendía como una suerte de competencia desleal con respecto al resto de instituciones religiosas. Las quejas llegaron hasta el vicario de la ciudad al que se le pidió que prohibiese que se fundara un convento sin licencia:

Vino al punto a informarse de la verdad (el vicario) y preguntó a mi venerable madre con qué autoridad fundaba de nuevo convento y ponía torno en su casa? A que respondió que no entendía fuesse a ninguno prohibido poner torno en su propia casa, pues eran muchas las que en la corte avía en las cuales para evitar la comunicación de hombres y mugeres usaban de tornos atendiendo a la honestidad y recato de las doncellas que en la casa servían y si esto era lícito a todos no eran razón que a ella se le prohibiesse. Aunque la satisfacción fue tan adecuada para más asegurarse dieron cuenta al Eminentísimo señor Cardenal de Toledo don Pascual de Aragón el qual informado de la verdad y del santo zelo de la venerable madre la escribió aprobando lo echo. y dandola facultad para que hiziesse quanto viesse convenir al mayor recogimiento de las doncellas que a su cargo tenía (Bernique, 277).

Don Pascual de Aragón, además, comenzó a contribuir económicamente en el mantenimiento del colegio y se convirtió en uno de sus principales benefactores.¹⁵ También apoyaron el proyecto otras personas de la corte, o al menos eso es lo que se trasluce de la biografía, en la que se incluyen varios pasajes en los que se describen visitas de Catalina a Madrid para entrevistarse con personas de la corte que le ayudasen a sufragar los gastos del colegio. Una de estas personas sería doña María Guadalupe de Lencastre a la que ya he mencionado que está dedicada la biografía.

Las críticas vertidas contra Catalina no recayeron solo en ella, sino que también salpicaron a su confesor y a otros miembros de la orden, lo que supuso un quebradero de cabeza más para la religiosa.

¹⁴ Esta mención a sus hijos es prácticamente la única que hay en la obra sobre ellos. Como he señalado, no parece que Catalina se mostrase especialmente inclinada hacia la maternidad y por ello este aspecto queda en segundo plano en la biografía.

¹⁵ Sobre Pascual de Aragón sigue siendo una obra de referencia Esténaga y Echevarría, y más recientemente el trabajo de Hermoso Cuesta que ahonda la labor de patronazgo de este personaje.

De estas piedras que tira el vulgo al blanco de la virtud no le tocaron pocas a su confessor, pero se convirtieron en preciosas para labrarle una corona. O, lo que se dixo contra él viendo el mucho cuidado y aplicación con que assistía al gobierno de mi venerable madre. Qué no discurrió la malicia para su descrédito? Qué no se dixo contra la fama de ambos? (Bernique, 183-184).

Además, la orden franciscana no mostró siempre un apoyo sin fisuras a Catalina y en un episodio que fue público, y, por tanto, según ella, más doloroso, le negaron la ayuda cuando la solicitó. Catalina hizo una petición al convento de San Diego para que le fuera cedida y acondicionada con rejas y celosías una capilla en la iglesia, para que ella y las doncellas que tenía a su cargo pudieran asistir a los sermones sin ser vistas por el numeroso público que acudía a las celebraciones de San Diego. En un principio la comunidad accedió a llevar a cabo la obra, que además del enrejado y la colocación de una celosía, conllevaba el abrir una puerta a la calle para que accediesen las religiosas. Pero apenas se comenzó con el proyecto “las murmuraciones” que se produjeron provocaron el cambio de opinión de la orden que consideró entonces que no era aceptable que “un convento como san Diego diese motivo de la más mínima sospecha, despachó sus letras para que al instante y sin réplica se quitasen verjas y se tapiase la puerta de la calle” (Bernique, 188). Los intentos de Catalina de que se produjese un cambio de opinión fueron infructuosos y encaminó entonces sus esfuerzos a que al menos el escándalo no salpicase a las doncellas y que la obra se ejecutase con la menor repercusión posible. Tampoco esto le fue concedido:

“fue este golpe muy sensible para su confessor y para otros muchos religiosos de aquella comunidad, y sobre todo para mi venerable madre fue el golpe más sangriento porque temía no peligrase con los seculares el crédito de sus hijas, que podían fácilmente discurrir que algún grave daño avían experimentado los religiosos pues a tan corto tiempo, como eran solo dos meses se les avía quitado el uso de la capilla y cerrado la puerta tan repentinamente y con tanto estruendo” (Bernique, 189).

“Esta tribulación fue para mi venerable madre una de las más terribles que llegó a padecer, viendo por su causa disgustada la orden que tanto amaba” (Bernique, 190).

Así pues, aunque tanto Catalina como su colegio contaban con el apoyo de los franciscanos, pronto le quedó claro que este tenía límites y que la reputación de la orden estaría por delante de sus deseos. A pesar de estos reveses, Catalina siguió adelante con el colegio y aseguró su continuidad, ya que tras su muerte se puso al frente su hija María Teresa que se mantuvo en el cargo hasta su fallecimiento en 1709. A partir de ahí, y a pesar de las muchas vicisitudes, el colegio siguió funcionando hasta 1906 en el que se convirtió en un convento (Alba, 105-114).

La biografía de Catalina muestra la vida de una mujer que en principio no contaba con los atributos para poder ser considerada santa, pero gracias a la flexibilidad del modelo hagiográfico, a la voluntad de la orden franciscana y al apoyo de la población, pudo gozar de fama de santidad durante su vida y fue capaz de fundar y hacer sobrevivir un colegio-beaterio. La forma de mostrar sus debilidades y defectos, como por ejemplo su soberbia, su falta de inclinación hacia la maternidad, o el maltrato dado al marido, permitieron trazar un camino en el que Catalina fue transitando hacia la perfección y pudo finalmente ser considerada como ejemplo para otras mujeres.

Obras citadas

- Alabrús, Rosa María y Ricardo García Cárcel. *Teresa de Jesús. La construcción de la santidad femenina*. Madrid: Cátedra, 2015.
- Alba Alarcos, Ángel. *Doña Catalina García Fernández. Fundadora del colegio de doncellas pobres de santa Clara de Alcalá de Henares. 1633-1677*. Alcalá de Henares: Institución de Estudios Complutenses, 1992.
- Armogathe, Jean Robert. “La fábrica de los santos. Causas españolas y procesos romanos de Urbano VIII a Benedicto XIV (siglos XVII-XVIII).” En Marc Vitse, *Homenaje a Henri Guerreiro. La hagiografía entre historia y literatura en la España de la Edad Media y del Siglo de Oro*. Madrid: Iberoamericana/Vervuert, 2005. 149-168.
- Atienza, Ángela. “De beaterios a conventos. Nuevas perspectivas sobre el mundo de las beatas en la España Moderna.” *Historia Social* 57 (2007): 145-168.
- . *Tiempo de conventos: una historia social de las fundaciones en la España moderna*. Madrid: Marcial Pons, 2008.
- . *Iglesia Memorable. Crónicas, historias, escritos...a mayor gloria. Siglos XVI-XVIII*. Madrid: Sílex, 2012.
- Bernique, Juan. *Idea de Perfección y Virtudes. Vida de la V. M. y sierva de Dios Catalina de Jesús, y San Francisco, Hixa de su Tercera Orden, y Fundadora del Colegio de Doncellas pobres de S. Clara de la Ciudad de Alcalá de Henares, Escrita por el P. Fr Juan Bernique, su hijo*. Alcalá de Henares: Francisco García Fernández, 1693.
- De Moura Sobral, Luis. “María Guadalupe de Lencastre (1630-1715). Cuadros, libros y aficiones artísticas de una duquesa ibérica.” *Quintana. Revista de Estudios de Departamento de Historia da Arte* 8 (2009): 61-73.
- Egido, Teófanos. “Hagiografía y estereotipos de santidad contrarreformista (la manipulación de san Juan de la Cruz).” *Cuadernos de Historia Moderna* 25 (2000): 61-85.
- Estenaga y Echevarría, Narciso. *El Cardenal Aragón (1626-1677). Estudio histórico*. París: Desfosses, 1929.
- Gotor, Miguel. *Santi stravaganti. Agiografía, ordini religiosi e censura ecclesiastica nella prima età moderna*. Roma: Aracne, 2012.
- Gutiérrez, Lourdes y Purificación Lafuente y Laura Carrillo. *Mujeres impresoras*. Madrid: Biblioteca Nacional, s. f.
- Hermoso Cuesta, Miguel. “Bocato de Cardinale. Algo más sobre don Pascual de Aragón y el convento de capuchinas de Toledo.” En Francisco Javier Campos coord. *La clausura femenina en el mundo hispánico. Una fidelidad secular*. San Lorenzo del Escorial: Real Centro Universitario Escorial-María Cristina, 2011. 807-826.
- Lozano, Julián. *La Compañía de Jesús en el estado de los duques de Arcos: el colegio de Marchena (siglos XVI-XVIII)*. Granada: Universidad de Granada, 2002.
- Maillard Álvarez, Natalia. “María Guadalupe de Lencastre (1630-1715): la trayectoria de una noble en el exilio.” *Historia y Genealogía* 8 (2018): 42-55.
- Morte Acín, Ana. “Josefa Verride y Martina de los Ángeles. El difícil camino hacia la santidad.” *Scripta. Revista internacional de literatura i cultura medieval i moderna* 8 (2016): 179-193.
- . “Autoridad, santidad femenina y vida cotidiana en la Edad Moderna española. En Fernando Quiles-Jaime Bernal-Paolo Broglio y Marcello Dell’Arco. *A la luz de Roma. Santos y santidad en el Barroco iberoamericano. vol.II España, espejo de santos*. Sevilla: E. R. A. y Roma Trè Press, 2020. 367-384.
- Poutrin, Isabelle. *La voile et la plume. Autobiographie et sainteté féminine dans l’Espagne moderne*. Madrid: Casa de Velázquez, 1995.

- Rubial García, Antonio. *La santidad controvertida*. México: FUE, 1999.
- Sánchez Lora, José Luis. *Mujeres, conventos y formas de la religiosidad barroca*. Madrid: FUE, 1988.
- . "Mujeres en religión." En Isabel Morant, *Historia de las mujeres en España y América Latina*, Madrid: Cátedra, 2005. 131-152.
- Sanmartín Bastida, Rebeca. *La representación de las místicas: sor María de Santo Domingo en su contexto europeo*. Santander: Propileo, 2012.
- Sarrión, Adelina. *Beatas y endemoniadas. Mujeres heterodoxas ante la inquisición. Siglos XVI-XIX*. Madrid: Alianza, 2003.
- Serrano Martín, Eliseo. "Santos que quedaron en el camino. Vidas religiosas y procesos hacia la santidad en la Edad Moderna. Una aproximación con ejemplos aragoneses." En Inmaculada Arias de Saavedra-Esther Jiménez y Miguel Luis López-Guadalupe, *Subir a los altares. Modelos de santidad en la Monarquía Hispánica (s. XVI-XVIII)*. Granada: Universidad de Granada, 2018. 155-185.